

# 1

Jenna Riley no quería tener nada que ver con el deporte.

Lo que resultaba casi irónico si se tenía en cuenta que su familia poseía un bar deportivo, que era además donde ella trabajaba. Doblemente irónico si se consideraba que su hermano mayor era *quarterback* en un equipo de la Liga Nacional de Fútbol Americano, y su otro hermano una de las figuras de las Major League de Béisbol. Y triplemente irónico, porque la familia al completo adoraba todo tipo de deportes.

Sin embargo ella estaba harta de béisbol, hockey, fútbol americano, NASCAR, baloncesto, tenis o cualquier otra actividad relacionada con una pelota, o con un coche compitiendo a toda velocidad, a menos que fuera ella la que lo condujera. Su desagrado por todo lo relacionado con el deporte quizá tuviera algo que ver con haber tenido que tragarse un campeonato tras otro durante toda su vida. Ahora, además de convivir con ellos las veinticuatro horas del día, oía hablar al respecto cada maldita noche en el trabajo. El bar estaba siempre lleno de deportistas.

Sin duda tenía un trabajo equivocado. Debería dejarlo y convertirse en fan de un grupo de rock. Eso sí era algo apetecible. Se rio al pensarlo. Jamás podría liberarse de las cadenas que suponían la responsabilidad familiar.

Desde que su padre se había retirado a medias del negocio, Riley's se había convertido en su responsabilidad, lo que significaba que, le gustara o no, el deporte formaba parte de su vida. Las pantallas gigantes que había en el bar transmitían cada evento y las desagradables voces de los locutores informando de las jugadas la envolvían. Los emocionados aficionados llenaban el negocio después de cada partido, por lo que no solo tenía que escucharlos durante el encuentro, sino que también le tocaba ser testigo de los resúmenes que emitían después las diferentes cadenas de televisión.

Y, por si eso no fuera suficiente, había programas que vivían de informar sobre las estadísticas e historiales de los jugadores y de repetir las jugadas tras someterlas a sesudos comentarios de los analistas deportivos.

Por eso, a pesar de ser alguien que odiaba los deportes, conocía cualquier dato relativo a todos los jugadores.

Que era algo que adoraban de ella los clientes de Riley's.

—¡Hola, Jenna!

Alzó la vista desde el mostrador que estaba limpiando. Steve Mahoney, uno de los clientes habituales, pidió otra cerveza. Cogió una botella, le quitó la tapa y la acercó a él antes de añadirla a su cuenta.

—¿Has visto el partido esta noche?

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Como si hubiera tenido elección...

—Dos goles de Anderson. Los Ice acabaron ganando y van mejor todavía que el año pasado, ¿verdad?

—Sí.

Dick Mayhew se metió en la conversación, sentándose en un taburete que acababa de quedar libre y alzando un dedo para que ella le sirviera una cerveza.

—Eddie y él forman un equipo imparable —suspiró Dick—. Son los mejores.

Steve asintió.

—Creo que este año tenemos una buena oportunidad de conseguir la copa. ¿Qué piensas tú, Jenna?

Jenna pensaba que le gustaría poder evadirse de esa conversación y seguir sirviendo bebidas a los clientes que había en el otro extremo de la barra. Sin embargo, hizo lo que hacía siempre que se hablaba sobre deportes; sonrió, apoyó los codos en el mostrador y mostró su mejor cara.

—Creo que tienes razón. Anderson es rápido sobre los patines y sus lanzamientos parecen pura magia. Es como si supiera exactamente dónde enviar el disco. Jamás he conocido a nadie que pueda apuntar como él. No tiene miedo a meterse en peleas y es tan duro como el que más. Por otro lado, ya sabemos que Eddie es un as por la banda derecha. Por eso los Ice basan su juego en

ellos dos. Juntos son invencibles. Con Víctor en la banda izquierda forman un trío imbatible. Si unimos las estadísticas de los tres, son fuera de serie.

—Por no hablar de las jugadas. Cuando uno se queda abajo, los otros dos toman el relevo —añadió Steve. Dick y él se enzarzaron en su propia discusión, lo que permitió que ella atendiera los pedidos de otros clientes y supervisara las órdenes de las camareras que atendían a las personas que llenaban el local.

Riley's siempre estaba abarrotado después de un partido, lo que significaba que ella perdía la noción del tiempo. Había llegado antes del mediodía y ya era medianoche. Le dolían los pies y apesataba a comida y alcohol. Estaba preparada para regresar a su casa, dejarse caer en la cama y dormir veinticuatro horas seguidas.

Lástima que tuviera que regresar al día siguiente y empezar de nuevo.

Aunque, como estaban a mediados de semana, quizá la gente comenzara a marcharse pronto. Después de todo, al día siguiente trabajaba todo el mundo.

Se encogió al escuchar una ovación. Echó un rápido vistazo a la puerta y sus peores temores se hicieron realidad al ver entrar en local a al menos media docena de jugadores del equipo de hockey sobre hielo de St. Louis.

¡Joder! Ahora nadie se marcharía, lo que significaba que su equipo y ella tenían para tres horas más. Y seguramente los jugadores vendrían con hambre. Se dirigió hacia la cocina.

—Acaban de entrar algunos jugadores de los Ice —comunicó a Malcolm, el jefe de cocina.

Malcolm, que tenía la paciencia de un santo y siempre se tomaba todo con calma, se limitó a asentir.

—Voy a sacar filetes.

Ella se rio y sacudió la cabeza antes de regresar a la barra. Rellenó un par de copas y decidió dejar que fueran las camareras las que atendieran a los jugadores. Se acercaría a saludar cuando tuviera un minuto libre, pero en ese momento no daba abasto con las cervezas. La presencia de los protagonistas de los partidos hacía subir el entusiasmo de los clientes y que todos se murieran de sed.

Sin embargo, eso era bueno para el negocio. Le encantaba que los jugadores visitaran Riley's con frecuencia. Y debía dar las gracias por ello a Mick, Gavin y Elizabeth.

—Pareces muy ocupada.

Alzó la cabeza y vio los ojos gris acerado de Tyler Anderson. Llevaba el pelo largo y algo despeinado, justo como a ella le gustaba...

No. No le gustaba ese tipo. Era un deportista, un jugador de hockey, y a ella no le gustaban los tipos que se ganaban la vida en una cancha. En especial, no le gustaba Ty.

—Sí, Ty, estoy bastante ocupada. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He pensado que podría echarte una mano. ¿Por qué no tienes más camareras?

—Porque puedo ocuparme yo. ¿Lydia ha pasado por vuestra mesa a tomar nota de lo que queréis?

—Sí. Ya ha anotado todo. Hemos pedido filetes.

Ella puso las palmas sobre la barra y respiró hondo.

—Entonces, ¿qué necesitas?

Él rodeó el extremo abierto del mostrador.

—Nada. Solo he venido a ayudarte.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¡Lárgate de aquí! No puedes estar en este lado.

—Claro que puedo. Y tú necesitas ayuda.

—No, no lo creo. —Lo empujó, pero fue como intentar mover un coche—. Vete.

La multitud se agolpó alrededor de la barra en cuanto Ty se acomodó allí. Atendió los pedidos mientras ella le miraba estupefacta. Abría las botellas como un profesional, llenaba copas, preparaba cócteles y se comportaba como si supiera lo que había que hacer detrás de una barra. A continuación cogía el dinero o la tarjeta de crédito del cliente y se ocupaba de cobrar también.

¡Qué... coño...!

Él la miró de soslayo.

—Tienes clientes en el otro lado.

Por fin decidió rendirse y atender al resto de la gente mientras Ty se ocupaba de la que había allí.

—Ty, tu filete está listo —dijo Malcolm media hora después.

—Tráemelo, me lo comeré aquí mismo.

—Ahí tienes.

Ella puso los ojos en blanco al ver que Ty se comía la carne de pie, hablando con los chicos, y luego continuaba sirviendo bebidas.

A las dos y media dieron el aviso de la última ronda y todos comenzaron a dirigirse hacia la puerta. Ella se puso a limpiar mientras desaparecían los clientes. Llamó taxis para aquellos que los necesitaban y ayudó a las camareras a recoger las mesas y barrer.

Después de que las chicas se fueran, cerró la puerta y se encaminó a la cocina. Ya estaba limpia, los cocineros y los ayudantes se habían marchado, solo quedaba Malcolm, que hablaba de fútbol americano con Ty.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó, mirando a Ty.

—Lo siento, me he entretenido hablando con Malcolm de la liga.

—Ya es hora de marcharse —comentó el jefe de cocina—. ¿Quieres que te acompañe, Jenna?

—No, gracias. Todavía tengo que hacer un par de cosas.

Malcolm entrecerró sus ojos castaños.

—Ve a casa. No se te ocurra quedarte toda la noche enredada con el papeleo.

Ella se echó a reír.

—No era mi intención.

Cerró la puerta cuando él salió y se giró para hablar con Ty. Pero él ya no estaba en la cocina; lo encontró en la barra, sirviéndose un whisky.

—Oye, que dejamos de servir copas hace una hora.

Él sonrió al tiempo que se llevaba el vaso a los labios. Hizo desaparecer el licor de un solo trago y luego dejó el dinero sobre el mostrador. Ella lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Apropiándote de los beneficios?

—No, gilipollas, es que la caja está cerrada. Lo anotaré mañana.

Él sacudió la cabeza y se apoyó en la barra.

—Esa no es forma de hablar a los clientes.

—Dejaste de ser un cliente cuando te pusiste detrás de la barra a servir bebidas.

—Necesitabas ayuda.

—No. No la necesitaba.

Él se cruzó de brazos.

—¿Siempre eres así de terca, o es solo conmigo?

—Es solo contigo. Ahora saca el culo de aquí para que pueda cerrar.

No parecía sentirse insultado, ya que esbozó una sonrisa con la que le mostró todos los dientes, blancos y perfectamente alineados. ¿No se suponía que los jugadores de hockey perdían las piezas dentales en las peleas en la pista de hielo? ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Aquel maldito hombre la hacía mojar las bragas y tenía la manía de presentarse allí con bastante regularidad, lo que la hacía ponerse cachonda. Él tenía la facultad de apretar todas las teclas adecuadas y ella hacía mucho tiempo que no mantenía relaciones sexuales.

Necesitaba disfrutar de una buena sesión de sexo pronto. Con alguien que no fuera deportista.

Accionó el interruptor de la luz, dejando la estancia en sombras.

—No tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad?

Ella dio un brinco, sin darse cuenta de que lo tenía detrás hasta que sintió su aliento en la nuca. Ahora que había apagado la calefacción hacía frío, pero el cuerpo de Ty estaba caliente. Resistió el impulso de acercarse a él. Se agachó para recoger el bolso y un suéter, rozando el trasero contra su entrepierna. Lo que allí había era sólido. Duro. Delicioso.

¡Mierda! Se enderezó y esperó a que sus ojos se adaptaran a la falta de luz.

—No.

—No, ¿qué? —preguntó él.

—Que no tengo miedo a la oscuridad.

Él le dio la vuelta para mirarla. La luz de la luna llena cubría de sombras su cara, pero pudo ver igual la sonrisa que esbozó.

—Qué lástima.

—¿Por qué?

—Porque quizá así te acercarías a mí para que te protegiera.

Ella dio un paso atrás.

—¿De qué va esto, Ty?

—Venga, Jenna, no eres una niña. Ya sabes de qué va. Hace tiempo que merodeo por el bar. Me gustas.

—Pues tú a mí, no.

Él se echó a reír.

—Mientes. Noto la forma en que me miras.

—Eres un engreído, Anderson. Ve a buscar otra chica. Yo no tengo ningún interés en ti. —Pasó junto a él y se dirigió hacia la puerta, esperando que él se reuniera allí con ella para poder poner la alarma.

Él lo hizo con el abrigo en la mano. Ella tenía los dedos en el teclado, preparada para activar el código de seguridad.

—Espera un segundo —le pidió Ty.

—¿Se te ha olvidado algo?

—Sí.

Tiró de ella para que cayera en sus brazos y, antes de que pudiera siquiera tomar aliento, su boca cayó sobre la de ella.

Por una fracción de segundo se le pasó por la cabeza oponerse y empujarlo, pero ¡joder!, había pasado mucho tiempo desde la última vez que la besaron. Era febrero, en el exterior todo estaba cubierto con una capa de hielo polar, y los labios de Tyler resultaban muy cálidos. Su cuerpo también estaba caliente cuando la estrechó con fuerza, y sintió como aquella calidez la traspasaba.

Dejó caer el bolso y la cazadora y se abrazó a él, dejando que se apoderara de sus labios.

Era justo como se había imaginado que sería y, bueno, había pensado bastante sobre ello. La boca de Ty era firme y exigente, con un leve sabor a whisky. Gracias a Dios no besaba como una nenaza. No vacilaba. Se limitaba a tomar lo que quería, deslizándose la lengua dentro de su boca para rodear la de ella.

Jenna sintió un escalofrío de pies a cabeza que hizo que curvara los dedos y mojara las bragas, mientras su sexo palpitaba de rugiente necesidad. Si él metiera los dedos dentro de su tanga no harían falta más que dos o tres roces para que se corriera. El beso era increíble.

Él alzó la mano y le ahuecó el pecho, haciendo que ella gimiera contra sus labios y se arqueara para presionar el seno contra su mano. Ella quería más, lo quería todo, y quería que fuera ahora.

Su mente se llenó de imágenes de él tendiéndola en el suelo de detrás de la barra o inclinándola sobre la mesa de billar.

Pero eso sería ir contra sus principios. Y no pensaba permitirlo.

No iba a dejar que ocurriera. No con ese tipo. No le gustaba. Le puso las manos en el pecho e interrumpió el beso.

—Basta. No podemos hacer esto.

Dio un paso atrás y vio sus ojos oscurecidos de pasión.

—¿Por qué?

Ella intentó recuperar la respiración, la razón y cierta cordura.

—Porque no quiero. —Se lamió los labios antes de inclinarse para recoger la cazadora y el bolso. Se alejó de él y activó la alarma con dedos temblorosos, salió a la calle y cerró la puerta. Ty estaba justo detrás de ella.

Comenzó a alejarse, pero él la retuvo tomándola por la muñeca mientras le dirigía una mirada capaz de derretir el frío cemento de la acera.

De pronto, él sonrió.

—Buenas noches, Jenna.

Ella se volvió para dirigirse al coche, consciente de que él seguía allí, mirándola. Esperando con las manos en los bolsillos del abrigo mientras ella encendía el motor y se alejaba.

¡Capullo! Ahora tenía el cuerpo en llamas por culpa de su beso e iba a tener que ocuparse de sí misma cuando llegara a casa.

Jamás dejaría que la volviera a besar.

Ty esperó a que Jenna saliera del aparcamiento antes de dirigirse a su coche para regresar a casa.

Hacía casi un año que la conocía, se la habían presentado su agente, Elizabeth, y Gavin, el hermano de Jenna.

Jenna no era su tipo. Oh, era muy guapa, sí, pero demasiado delgada y con los pechos pequeños. Le gustaban las mujeres redondeadas y exuberantes, con grandes tetas.

Le gustaban las mujeres con el pelo largo que pudiera peinar con los dedos. Ella llevaba el pelo corto, de punta, con extraños reflejos púrpuras, que hacía que pareciera que llevaba una salvaje corona.



Tenía muchos piercings en la oreja izquierda y aquel pequeño diamante en la nariz. Siempre que los veía se preguntaba qué otras partes de su cuerpo tendría perforadas. Y los tatuajes que solo había llegado a vislumbrar también le intrigaban. Quería disponer de tiempo para explorar, para estudiarla, para despojarla de la ropa y descubrir qué más lugares tenía tatuados.

Pero eran sus ojos lo que más le atraían de ella. Eran de un increíble color azul zafiro y resultaban muy expresivos. Vulnerables, a pesar de que ella actuaba como una chica dura.

De acuerdo, tal vez era un poco diferente. Y quizá esa fuera la razón por la que sentía aquella atracción por ella.

Por eso, se dedicaba a jugar con ella; a irritarla, a pincharla para ver cómo se cabreaba.

¿A ella no le gustaba? Mentira. Aquel beso le había dicho lo interesadísima que estaba en realidad. Apostaba lo que fuera a que si hubiera metido la mano en sus bragas, las habría encontrado mojadas.

Solo la idea de meterse en sus bragas hizo que le latiera la polla. Todavía tenía el sabor a menta y a brillo de labios de sabor cereza en la boca. Se lamió sus propios labios, quería más.

Sí, quería mucho más de Jenna Riley.

Y lo mismo que cuando jugaba al hockey, cuando tenía el objetivo al alcance de la mano jamás se rendía.

## 2

Ty se deslizó por el hielo para adelantar al defensor. Victor Putinov le lanzó el disco y él tiró a portería.

Y falló. Rodeó la red y luchó contra el defensor por el disco, golpeando contra la barrera y combatiendo con los *sticks* por el premio. Los gritos de la hinchada local eran ensordecedores, y le impulsaban a seguir.

Perdió la pelea y resbaló, cayendo de culo en el hielo mientras el disco negro se alejaba. Cuando estaba en la pista, el disco era lo único que le importaba.

Eddie Wolkowski fue tras el disco y se plantó en el centro de la pista ante el jugador del equipo de Toronto. Ty quería ganar por encima de todo. Le caían bien los chicos de su antiguo equipo, pero un partido era un partido y había llegado el momento de ponerse a ello.

Parker fue a por Roger *Iceman* Rantzen, portero de los Ice. Roger lo bloqueó y Wolkowski lanzó el disco hacia el centro de la pista. El lateral izquierdo lo recogió y Ty se lanzó a la carga, a través de la línea, para detener la jugada de Toronto. Toda una carrera para ver quién era más rápido.

Ty era un buen patinador y poseía energía para vencer a su oponente. Cuando el lateral le pasó el disco, lo golpeó con el *stick* y se lo pasó a Victor, que distrajo a la defensa de los de Toronto, dándole tiempo para ocupar la posición precisa.

Victor le devolvió el disco, él vio el hueco y lanzó con fuerza.

Le encantaba ver que se encendía la luz. La multitud se puso en pie y el rugido que se pudo escuchar le puso la piel de gallina, como siempre. Alzó el *stick* y lo agitó en lo alto, luego se acercó a sus compañeros para celebrar el tanto.

Ganaron el partido por tres a uno. Había sido difícil; los de Toronto eran un rival muy duro.

Después del partido, se duchó y se vistió.

—¿Qué tal un buen filete en Riley's para celebrarlo? —preguntó Eddie.

Sabía que Eddie bebía los vientos por Renee, una de las camareras de Jenna, y por eso sugería ese destino.

Como a él le gustaba cabrear a Jenna, se mostró dispuesto.

—Claro.

Eddie sonrió. A los veintiocho años era el chico dorado de los Ice, con aquel pelo rubio y rasgos nórdicos. Era muy grande, imponente con casi su metro noventa, pero tenía la cara llena de pecas y una amplia sonrisa casi adolescente. Era el tipo más bondadoso que hubiera conocido nunca; tierno como un gatito... pero un feroz asesino en la pista. Aquella mezcla de contradicciones hacía difícil que consiguiera mujeres.

A excepción de Renee. Eddie se había quedado prendado desde el momento en que la vio, y él sospechaba que sus sentimientos eran correspondidos.

Se dirigieron al bar acompañados de otros chicos que aseguraron que querían relajarse con una partida de billar.

En cuanto atravesó la puerta, buscó a Jenna. Ella le miró con el ceño fruncido, haciéndole sonreír.

Había llegado el momento de jugar. Se trataba de un tipo de juego diferente al que se había entregado antes en el hielo.

Segundo verso, igual que el primero. Cada noche se confundía con la anterior hasta que Jenna no sabía qué día era. Con la temporada de hockey en pleno apogeo y tantos aficionados llenando el bar, no sentía las piernas por culpa de la cantidad de bebidas servidas, y sus camareras no hacían más que acercarse con más pedidos.

La parte lógica de su mente le decía que el negocio iba viento en popa y para su economía eso era impresionante. El bar estaba lleno, los clientes contentos y Riley's ganaba dinero. No tenía derecho a sentirse insatisfecha con su vida. Puede que no fuera eso lo que quería hacer, pero tendría que fastidiarse. Estaba ayudando a su familia, que tenía un próspero negocio, y consiguiendo que

su padre no se estresara. El año anterior el cabeza de familia había sufrido un ataque al corazón que llevó acarreada una delicada operación quirúrgica. En las raras ocasiones que pisaba el bar, se le veía feliz y sonriente, y lo único que debía hacer era disfrutar de estar con sus amigos. Se sentía aliviada de tenerlo aún entre ellos después del susto.

No tenía ninguna queja, ¿verdad? Aunque Riley's fuera su responsabilidad y la familia contara con ella para que siguiera en funcionamiento, podía ser mucho peor.

—Si los Ice siguen ganando, voy a perder cinco kilos —decía una de las camareras—. Siguen viniendo por aquí y Riley's está más lleno cuando se presentan después de jugar en casa.

En efecto, allí estaban de nuevo. Y más importante todavía, Ty estaba con ellos.

Había un montón de bares cerca del estadio, muchos de ellos para aficionados al hockey. ¿Por qué tenía que elegir el suyo?

Renee, una de las camareras, se apoyó en la barra y le pasó un pedido.

Jenna se alegraba de haberla encontrado. Renee era chispeante y se parecía bastante a una Barbie en las curvas y el color de su cabello, era el tipo de chica que adoraban todos los clientes. Tenía una risa contagiosa, pero jamás los animaba. Y aunque estaba segura de que Renee estaba loca por uno de los jugadores de hockey, no se había liado con él, sin embargo había pillado alguna de las miradas que se intercambiaban ella y Wolkowski.

Resultaba bonito. Un día de esos averiguaría lo que pasaba entre ellos.

Cogió la lista y comenzó a preparar el pedido.

—Tu novio está aquí.

Renee la miró de reojo.

—Lo sé, he anotado su pedido. Y Eddie no es mi novio.

Pero las mejillas de la joven estaban de color rojo. Jenna no pudo contener una sonrisa.

—¿Estás pensándolo?

La chica sacudió la cabeza, haciendo bailar sus rizos dorados.

—No me lo ha pedido.

—Los hombres son estúpidos. No te quita ojo.

—¿De verdad? —se sorprendió. Renee alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Sí. —Puso las bebidas en la bandeja de Renee—. Invítale a salir.

—No. Si quiere salir conmigo, que me lo pida él.

—¡Qué tradicional!

—Sí. —Renee le guiñó un ojo antes de alejarse.

Después de que la camarera se fuera, ella tuvo un rato de respiro. Aunque no pudo escaparse. La mirada de Ty se encontró con la suya mientras se quitaba la cazadora y se dirigía a las mesas de billar. Cada gramo de estrógenos de su cuerpo canturreó feliz cuando aquel delgado y musculoso cuerpo se apoderó de una de las mesas, taco de billar en mano.

Sus malditos ovarios bien podían calmarse un poco. Era posible que la hubiera besado, que se hubiera estremecido sin control en las horas posteriores a ese beso, pero era lo único que pasaría entre ellos. Era un deportista y eso significaba que jamás se liaría con él.

Lo vio apoyar la cadera contra la mesa de billar y coger la cerveza que Renee le ofrecía, y admiró su cuerpo fibroso y duro mientras se relajaba y reía con sus amigos.

Era oír su voz y los pezones se le endurecían.

«¿Me has oído bien, cuerpo? No, no. No».

Decidida a ignorarlo, se dirigió a la cocina y le dijo a Malcolm que se pusiera con la carne. Luego volvió a ocuparse de los clientes. No pensaba mostrar interés por Tyler, daba igual lo que dijera su libido.

Pero verlo jugar al billar era más de lo que podía soportar. No estaba suficientemente ocupada. Ya era tarde y la multitud se había reducido, apenas quedaban él y sus compañeros de partida, pero como tuviera que ponerse a sacar brillo a otra copa para evitar mirarle el culo, iba a acabar lanzando la pobre copa contra la pared más cercana.

Escapar no era una opción, ya que seguía estando a cargo de la barra y, por desgracia, la mesa de billar quedaba a la izquierda de su línea de visión cada vez que tenía que servir una cerveza.

Trataba de no comérselo con los ojos, pero Ty tenía un culo

de infarto. Además, jugaba bien al billar. Por supuesto; los chicos que nacían con estrella eran buenos en todo, y por eso tenían un ego descontrolado. Algo que ella encontraba absolutamente intolerable de las figuras del deporte.

Razón por la que ella jamás tendría una cita, relaciones sexuales o lo que fuera con uno de ellos. Se obligó a no mirarlo y se concentró en el reloj, contando los minutos que faltaban para la hora de cerrar. Decidió hacer inventario de licores para mantener la cabeza ocupada en algo que no fuera Ty.

—¿Me pones una cerveza, Jenna?

No se dio cuenta de que pasaba el tiempo hasta que Ty se sentó ante la barra. Miró hacia la zona de las mesas de billar. Los chicos del equipo de hockey no estaban por ninguna parte. De hecho, el bar estaba casi desierto y era la hora de cerrar.

Renee se despidió con la mano mientras se dirigía hacia la puerta, seguida de cerca por Malcolm.

Volvió a quedarse sola en el bar. Con Ty. ¿Cómo era posible que volviera a ocurrir eso?

—El bar está cerrado.

Él rodeó el mostrador y cogió una botella de cerveza. Ella lo miró cruzada de brazos.

—No eres el dueño del lugar, ¿sabes?

Él subió el brazo y bebió un buen trago antes de dejar escapar un suspiro de alivio.

—Jugar al billar me da sed, gracias. Y no, no soy el dueño del lugar, es de tus padres y a ellos les gusta.

—Termina esa cerveza para que pueda marcharme.

Él volvió junto al taburete y se sentó otra vez.

—¿Qué es lo que no te gusta de mí?

Ella limpió la superficie del mostrador, ignorando su pregunta.

—¿Mi aspecto?

¡Dios, no! Era de los que hacían caer las bragas. Aunque no pensaba admitirlo delante de él.

—¿Mi personalidad?

Absolutamente irritante... y encantadora.

—¿Mis modales?

Perfectos. Siempre sostenía la puerta a mujeres y ancianos. Era

respetuoso, no gritaba y jamás bebía demasiado. Por cada cerveza o whisky que bebía, tomaba un gran vaso de agua con hielo. Algunos deportistas querían ser el centro de atención, pero a Ty le gustaba mezclarse con la gente, no se pavoneaba por el local solo por ser una estrella del hockey.

—Así que dime, Jenna, ¿qué es lo que no te gusta de mí?

Ella lanzó el trapo a la papelera y dio una palmada en el borde de la barra.

—No salgo con deportistas.

Él arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Ella abrió los brazos.

—Mira a tu alrededor, Ty. Estoy rodeada de deporte todo el día, todos los días. Y luego están Mick y Gavin, y todos los amigos que han llevado a casa. He tenido deporte suficiente para el resto de mi vida.

Él inclinó la botella hacia los labios y bebió, luego le entregó el recipiente vacío. Ella lo tiró a la papelera.

—Entiendo. Estás harta de los tipos como yo.

—Empiezas a ver la luz.

—Así que estoy condenado por culpa de mi profesión. Despedido sin haber disfrutado de una oportunidad.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Conmigo pierdes el tiempo. Puedes ligarte a otra chica.

Él volvió a ir detrás de la barra.

—¿Qué pasa si no quiero ligarme a otra chica? ¿Y si solo te quiero a ti?

¡Oh, oh! Su cuerpo parecía el medidor de un contador Geiger y Ty era radiactivo. Cuando más cerca estaba, más caliente estaba ella. Dio un paso atrás.

—Pero yo no estoy disponible.

Él se detuvo y curvó los labios en una sonrisa de complicidad.

—No haces más que decir eso, pero yo no te creo.

—Los hombres arrogantes no son atractivos.

—No soy arrogante, sencillamente se me da bien leer las señales.

—Eres un creído. —Se agachó, cogió el bolso y lo sostuvo contra el pecho como si fuera un salvavidas—. ¿Qué señales?

—Respiras agitada. Tienes las mejillas rojas y las pupilas dilatadas.

—Estoy cansadísima y sin aliento después dar mil vueltas para cerrar el local. Y aquí dentro hace calor.

Él se echó a reír.

—Aquí no hace calor. Y has estado parada.

La estaba acorralando.

—Lárgate, Ty. Tengo que cerrar. —Buscó las llaves en el bolso.

—Sal conmigo.

Ella alzó la cabeza.

—¿Qué? No. Claro que no.

—No sería tan malo. Te lo prometo.

—Prefiero que me hagan una gastroscopia.

No pareció sentirse insultado. ¿Qué sería necesario para enfadarlo? ¿Para herir sus sentimientos? ¿Para conseguir que se fuera del bar?

—Te prometo que salir conmigo es mucho más divertido.

—He... He quedado con alguien.

Él arqueó una ceja perfecta.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Sí.

—¿Con quién?

—No lo conoces.

—¿Cómo sabes que no lo conozco, si no me dices quién es?

—No está relacionado con el mundo deportivo.

—Conozco a un montón de gente que no se relaciona con ese mundo, Jenna.

Ella estaba cavando un foso cada vez más profundo.

—No es de por aquí. Tengo que irme.

—¿Tienes una cita?

—Sí. —Lo empujó hasta que por fin se movió y se dirigió hacia la puerta. Aporreó el código para salir a toda velocidad, envolviéndose en la chaqueta para protegerse de las gélidas temperaturas.

Por supuesto, él tuvo que acompañarla hasta el coche. Maldito fuera por ser tan caballeroso. Sería mucho más fácil no pensar en él si fuera un capullo.



—Un poco tarde para una cita, ¿no crees? —preguntó él cuando llegaron junto a su coche.

—No es asunto tuyo, Ty.

—Por lo tanto, es un farol.

Ella contuvo el aliento.

—No es un farol. Tengo una cita.

—¿Vas a ir a cenar con alguien a las tres de la madrugada?

Jenna apretó los labios.

—¿Quizá al cine?

—Eres idiota. —Se giró para meterse en el coche.

—Buenas noches, Jenna.

Dio un paso atrás cuando encendió el coche y lo puso en marcha. Al igual que la última vez, él se quedó allí, mirándola hasta que se fue.

Maldito fuera por hacerle pensar en él, por conseguir que lo deseara.

Ya le enseñaría. Iba a buscarse un chico.

Quizá si empezara a salir con otro hombre, y tuviera por fin relaciones sexuales, Ty no ocuparía su mente a todas horas.